

**BREVE HISTORIA DE**  
**CARLOMAGNO**  
**Y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO**

Juan Carlos Rivera Quintana



**Colección:** Breve Historia  
[www.brevehistoria.com](http://www.brevehistoria.com)

**Título:** Breve Historia de Carlomagno  
**Autor:** Juan Carlos Rivera Quintana

**Copyright de la presente edición:** © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Diseño y realización de cubiertas:** Florencia Gutman  
**Maquetación:** Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 978-84-9763-600-1  
**Fecha de edición:** Enero 2009

# Índice

|  |     |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN .....   | 9   |
| CAPÍTULO 1: LOS FRANCOS. EUROPA<br>ANTES DE CARLOMAGNO ..... | 19  |
| CAPÍTULO 2: DINASTÍA Y PRIMEROS AÑOS<br>DE UN LÍDER .....    | 63  |
| CAPÍTULO 3: BAUTISMOS Y GUERRAS,<br>ESPADA Y CRUZ .....      | 101 |
| CAPÍTULO 4: ¿UNA ADMINISTRACIÓN<br>MEMORABLE? .....          | 157 |

|                                       |            |
|---------------------------------------|------------|
| <b>CAPÍTULO 5:</b>                    |            |
| ¿EL RENACIMIENTO CAROLINGIO? .....    | 217        |
| <b>CAPÍTULO 6: CARLOMAGNO Y LOS</b>   |            |
| <b>FRANCOS EN LA LITERATURA .....</b> | <b>273</b> |
| <b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>             | <b>307</b> |

# Introducción

**L**a bibliografía dedicada a la vida del célebre monarca de la dinastía carolingia y al más grande de los reyes francos, Carlos, conocido por sus condiciones personales como Carlos I el Grande (Magno), por lo cual fue llamado Carlomagno, veinticinco años después de su muerte, por el historiador Nitardo, es una de las más extensas de toda la relativa a la Edad Media.

Más de quince mil títulos son un reflejo material de esa profusión, sin contabilizar las cuantiosas y, en ocasiones, disonantes reflexiones y artículos periodísticos, aparecidos en publicaciones periódicas contemporáneas, en idioma castellano y en otras lenguas, que han dedicado sus evaluaciones al

desempeño del nieto de Carlos Martel y primogénito del rey Pipino el Breve y la reina Bertrada, a sus avatares militares, políticos, culturales, vida sacramental y litúrgica al frente del reinado de los francos (768-814) y como emperador de los romanos (800-814).

Carlomagno nace el 2 de abril de 742 ó de 748 en Aquisgrán, Aix-la-Chapelle, en la actual Alemania, y muere el 28 de enero de 814. Es uno de los reyes más reverenciados y a la vez vilipendiados de la historia de Europa. Uno de los que atesora más exégetas y detractores; incluso, en Germania, donde nació, se lo venera como el apóstol de los sajones.

Pero bajo su autoridad, la mayor parte de los pueblos del centro y el occidente europeos comenzó un proceso innegable de desarrollo y esplendor culturales. Ello explica que la figura de Carlomagno haya sido valorada por su rol unificador, soberano y promotor en materia de legislación, educación, finanzas, cultura, fe religiosa y organización estatal. Su estampa es considerada como la del héroe cristiano por antonomasia, por su martirologio, espiritualidad, misión civil, el éxito de las arriesgadas campañas militares que dirigió y libró, junto a sus tropas, y el rol de mecenas del arte y la cultura.

Muchos mitos y leyendas se entrelazaron alrededor de su imagen y personalidad, de sus dotes monárquicas, guerreras, civiles, legislativas, financieras; de su misericordia cristiana y de los resultados del orden

en que reinó y cimentó el llamado Imperio Carolingio. Es por ello que este libro pretende ser una aproximación a la figura de Carlos, al hombre con sus proezas y epopeyas, contradicciones, miserias humanas, dudas y temores, como una forma de conocer al personaje legítimo, de carne y hueso, a conocer verdadero liderazgo, despojado de la leyenda y los milagros divinos que se le atribuyeron, de la fama y las alabanzas de los poemas épicos y los libros de caballerías, escritos en Alemania, Francia, España, Italia y Portugal, que le tejieron un perfil casi sacramental dejando de lado su existencia mundana.

Es tal el estudio de la figura y la impronta que deja en su tiempo y en la posteridad, que muchos historiadores afirman que, con su aparición y accionar, la Edad Media quedó jalonada en períodos claramente delineados: desde la caída del Imperio Romano y su absorción por el poder bizantino a la constitución del Imperio de Carlomagno y de esta proclamación, al renacimiento y consolidación de la Edad Moderna y los estados nacionales independientes entre los pueblos germánicos en Europa.

En ese escenario medieval, la figura de Carlomagno fulgura en el epicentro de un torbellino de guerras expansivas, grandes matanzas y saqueos, 53 campañas militares en 47 años de reinado, rivalidades, pactos, sabiduría administrativa y legislativa, caridad religiosa y florecimiento civil, intelectual y cultural. Con él, emergió una nueva civilización

europaea, que se mantuvo y siguió consolidándose aún después de la Edad Media.

Por ello no resulta desmedido apuntar que con sus decisiones iluminó y cimentó las bases de la cultura de Europa, disipando las tinieblas del Medioevo.

Durante sus setenta y dos años de existencia puso todo el inmenso poder que construyó y el prestigio que cimentó al servicio del cristianismo, la vida monástica, la enseñanza del latín y el culto a las leyes. No en balde su vida ha sido considerada un paradigma monárquico para la mayoría de los reyes posteriores, y su quehacer, un estandarte de la fusión de las culturas germánicas, romana y cristiana, que serían, posteriormente, la síntesis y los zócalos de la civilización europea.

Sobre Carlomagno (en latín Carolus Magnus; en alemán, Karl der Grosse; Charlemagne, en francés e inglés y Carlemagny, en catalán) escribió el biógrafo más cercano Eginardo (quien fue su amigo y gozó de su simpatía) que se le podía ver a gran distancia por la apariencia y porte de casi dos metros de altura, pero que algo desentonaba de aquel cuerpo fortachón y robusto: una voz aflautada y tenue que contrastaba, bastante, con la elegancia varonil, el temple y las dotes guerreras.

Otros, con una mirada más pura e interesada en seguir alimentando el mito, como el monje benedictino Balbulus Notker, uno de los poetas litúrgicos

suizos más importantes del Medioevo, lo describe así, en un pasaje de su libro, titulado *Gesta Caroli Magni*:

Entonces se vio al hombre de hierro, a Carlomagno, de férreo yelmo coronado; de hierro las manos enguantadas; de hierro el pecho; de hierro la coraza cubriendo los hombros platónicos; de hierro una lanza hacia el cielo retenía en la mano izquierda, mientras que en la derecha, sostenía siempre la espada de calibre invencible.

La Edad Media, retablo donde tuvieron lugar las hazañas y desaciertos de Carlomagno, es un período histórico de mil años, que se inicia en el 476, con el desplome del Imperio Romano de Occidente, tras ser depuesto el último emperador, Flavio Rómulo Augústulo, por el general de los hérulos, Odoacro, guerrero de una antigua tribu germánica que invadió dicho imperio en el siglo III, proveniente de Escandinavia.

La tradición popular germánica refiere que el general Odoacro incendió Pavía, saqueó Roma y depuso al emperador Augústulo haciéndose proclamar “Rey de Italia”, episodio que fue interpretado por la historiografía como el eclipse total del Imperio Romano de Occidente.

Algunos textos de la época, interesados en alimentar las fábulas de las contiendas, refieren que los hérulos practicaban ciertos rituales homosexuales

iniciáticos entre guerreros. Dicen también que eran capaces de entrar a los altercados cuerpo a cuerpo incluso sin la protección de escudos, para que una vez probados en la batalla, sus maestros les permitieran llevar esa valiosa arma defensiva a los combates, lo que simbolizaba para los códigos militares de esa civilización, la entrada de lleno en la virilidad.

Esta imagen de reverencia y veneración por el escudo, como pieza de cierta estirpe y distinción social ya es recogida en el libro, escrito en el año 98, *Germania*, del historiador, senador, cónsul y gobernador romano Cornelio Tácito, que trata acerca del origen y las costumbres de los pueblos germánicos. En él se apunta que:

Todos los asuntos públicos y privados los tratan armados. Pero nadie usa las armas antes de que el pueblo lo juzgue apto [...]. Abandonar el escudo, una vez ganado, es la mayor deshonra, y quien cometió este ignominioso acto no puede acudir a las ceremonias ni a las asambleas.

El fin del Medioevo queda establecido en los anales de la historia en el año 1453 (siglo XV) con la caída del Imperio Romano de Oriente, conocido también como Imperio Bizantino, es decir cuando la ciudad de Constantinopla o Bizancio (actual Estambul) es conquistada por los turcos.

Algunos cronistas, en cambio, sostienen otra postura y apuntan como fecha límite al año 1492, con

el descubrimiento de América, pero esas controversias hoy día resultan estériles. Solo historiadores interesados en algunas tesis puntuales señalan límites más precisos, los cuales no son necesarios para nuestros propósitos pues la época, como refieren los expertos, solo es importante como indicio del período durante el cual pueden tener vigencia cierta forma de sociedad y ciertas teorías sociales. Tengamos en cuenta que a los teóricos, siempre atraídos por llegar a conclusiones personales, les resulta excitante la especulación, o mirar el pasado a través de cristales muy edulcorados o muy oscuros y nebulosos. Quizás ello explique que muchos historiadores solo vean entumecimiento, penumbras y letargo en la Edad Media.

## ENTRE EL ANALFABETISMO Y EL PROGRESO

Para hacer una distinción y una periodización historiográfica de la Edad Media, los ensayistas dividen su desarrollo en dos períodos: la Alta Edad Media (siglo V a siglo X) y la Baja Edad Media (siglo XIV al XV).

Hay algunos estudiosos que señalan, además, la existencia de un tercer período, desgajado de la Alta Edad Media, denominado Plena Edad Media, para aludir a los siglos XI al XIII, cuando se dan las manifestaciones más típicamente medievales, como el florecimiento de las Cruzadas, el primer

establecimiento de las nacionalidades, influidas por los nacionalismos emergentes, y el desarrollo de dos movimientos cruciales para la cultura europea: el románico y el gótico.

Muy a contrapelo de lo que algunos todavía advierten sobre el Medioevo y la llegada de varias centurias de postergaciones culturales y oscurantismos sociales, la instauración del Medioevo y su desarrollo coadyuvó a sentar las bases del feudalismo, la posterior expansión europea de las ideas iluministas, del pensamiento renacentista y el posterior nacimiento del capitalismo y la modernidad.

Durante la Edad Media, término que en su época tuvo fuertes resonancias despectivas, ligadas a cierta pátina de atraso y división, tuvieron un acelerado desarrollo el derecho romano, el latín y la filosofía. Los monasterios se convirtieron en centros del conocimiento pues eran los únicos lugares donde se sabía leer y escribir y en los cuales se trabajaba en la preservación de buena parte del acervo histórico y cultural del mundo clásico. Por ello, la Iglesia, verdadera rectora en el Medioevo, de la vida religiosa, cultural y social (recordemos que el poder civil debía recurrir a ella cada vez que necesitaba fundar una norma en antecedentes jurídicos o doctrinarios o resolver un grave problema que exigiera maduros conocimientos y la copia de manuscritos), trata de infundir a los habitantes un profundo espíritu de fe cristiana, perfila una sociedad rígidamente jerarqui-

zada y expande la cultura científico-religiosa entre los nobles.

En tanto, el pueblo, cuyos integrantes servían a la nobleza y a los monasterios, estaba formado por ciudadanos analfabetos, de modales ásperos, que combinaban el trabajo agrícola o comercial y la oración cristiana, enseñada por los monjes y clérigos en las abadías.

En ese marco, el llamado Sacro Imperio Romano Germánico se consolida. Su principal artífice y estratega será Carlomagno, uno de los hombres más poderosos de la tierra a principios del siglo IX, creador de la realeza al inventar los condados (300 en el territorio), las marcas (fronteras) y los duques (militares que las defendían), que eran supervisados por el “missi dominici” (enviados directos del amo), quienes surcaban el reino y vigilaban la buena aplicación de la ley. Este sistema será el germen nutricional y punto de partida del sistema feudal.

Pero a pesar de toda su autoridad, Carlos vivió la mayor parte de su existencia en el analfabetismo, sin saber siquiera poner su nombre en las actas capitulares.

Para sortear el obstáculo de la firma se había aprendido un signo que era una cruz con las tres primeras letras del nombre de Jesús, en griego, que junto a un garabato eran su marca distintiva. En algunas oportunidades, usaba un anillo-sello

con una inscripción en latín que rezaba: *Cristo protege a Carlos, Rey de los Francos*.

Quizás porque le faltaba cumplir su más anhelado sueño, recién dos años antes de morir, decide aprender a escribir e inicia, con el mismo entusiasmo con que fue a las guerras o defendió al catolicismo, una campaña en sus dominios contra el analfabetismo, edificando gran cantidad de escuelas en todo el reino, una de ellas en el propio palacio, a la que asistió hasta morir en el año 814.

No obstante su desconocimiento de las letras, respetaba a la gente ilustrada, valoraba la música, las artes plásticas y la literatura, y se hacía leer sistemáticamente la Biblia e historias de la Antigüedad.

Los textos apuntan, además, que a pesar de sus limitaciones culturales, pues se pasó gran parte de su vida en los campos de batallas, no solo hablaba perfectamente su lengua materna, sino latín y algo de griego. Esta es, sin dudas, la historia de un hombre que disipó gran parte de las brumas y tinieblas del Medioevo, y que reafirmó el nacimiento de una nueva Europa al sentar las bases de lo que sería, posteriormente, el mosaico basal del Viejo Mundo.

# 1

## Los francos. Europa antes de Carlomagno

*Nuestra naturaleza está en la acción.*

*El reposo presagia la muerte.*

Lucius Annaeus Séneca

A mediados del siglo III, el Imperio Romano, que en épocas anteriores se había creído inexpugnable y eterno, al extender su poder por toda la cuenca del Mediterráneo (su *Mare Nostrum*), comenzó a desmoronarse como un castillo de naipes, donde estaba por emerger el Rey de corazones (en la baraja actual, esa carta representa la tradición de la Iglesia y por ello es ilustrada con el rostro de Carlomagno, símbolo por antonomasia de la religión cristiana).

En el interior del Imperio Romano, la propagación del cristianismo en vastos sectores de la población se tradujo en un cuestionamiento de las estructuras de antaño. Ya no bastaban los ejércitos de

legionarios, con su entrenamiento y destreza militar para mantener incólumes fronteras tan ambiciosas. Si hasta el momento las legiones constituían la base del ejército romano y su entrenamiento, organización y estrategia militar habían servido para frenar los furros expansionistas y los conflictos entre la “barbarie” y la “civilización”, ya se vislumbraba una onda expansiva de pueblos sobre Roma, la Ciudad Eterna, como se la conocía entonces.

Desde el año 306, en que el emperador romano de Occidente, Constantino I, comenzó a gobernar la Galia, España y Britania, el monarca empezó a demostrar una actitud benévola hacia los cristianos.

Ya en el año 312, cuando derrota a su rival Majencio en una famosa campaña militar, confiesa públicamente haber tenido una visión celestial. Ello explica su bautizo en el lecho de muerte, el 22 de mayo del año 337, como un gesto de reconciliación con la religión cristiana, y su anterior proceso de reconocimiento a la fe católica, que lo lleva a la firma del Edicto de Milán, en el año 313, concediendo la libertad de cultos a todos sus súbditos y devolviendo a las congregaciones cristianas las posesiones que le habían sido despojadas.

El Edicto de Milán, también firmado por Licinio (emperador romano de Oriente), que puso fin a la era de las persecuciones religiosas e inauguró un nuevo período de la historia del cristianismo en el Imperio Romano, apunta en su texto que:

Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás, cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión [...] A los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan; a fin de que cualquiera que fuere el numen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien sea lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare convenirle.

La anarquía y las guerras civiles en Roma habían terminado por devastar sus confines; el desorden interno no solo minó la industria y el comercio, sino que extenuó hasta tal punto las defensas fronterizas imperiales que privadas de la vigilancia de antaño, se convirtieron en puertas francas por donde penetraron las tribus germanas, que buscaron asiento al norte del Imperio Romano. Ya en pleno siglo III, estas realizan las primeras incursiones en busca de tierras y botín, pretendiendo obtener un lugar en ese territorio; en el IV, se asien-

tan pacíficamente en él y en el siglo V, huyendo del avance de los hunos, procedentes de Asia, irrumpen incontroladamente por todos sus dominios.

Si antes el Imperio Romano había ido incorporando a los germanos como soldados comprometidos a defender la frontera y a los colonos para cultivar las tierras, y todos dispuestos a reconocer la autoridad del emperador, el ataque de los hunos, un pueblo de Europa Oriental, empuja a los germanos hacia el Oeste y los hace huir despavoridamente. Solo entonces comienza el éxodo en masa para esquivar a los terribles enemigos hunos, pero esta vez saquean las zonas recorridas y respetan solamente la autoridad de sus propios jefes, adelantando el derrumbe imperial.

Ante las oleadas migratorias de germanos, Roma decide legalizar su presencia creando los contratos de federación que permitieron a los *foederatis* (pequeños reinos o comarcas con sus propios reyes) retirar alimentos de los almacenes públicos y más tarde adquirir tierras, donde pudieron organizarse y establecer su trabajo. Estos terrenos conformaron pequeños reinos en los que el monarca bárbaro tenía completo poder, no solamente sobre sus tribus, sino también sobre los romanos que habitaban esa región.

Las prerrogativas de los *foederatis* fueron aumentando y sus jefes o reyes comenzaron a ocupar altos cargos en la administración y el ejército de una Roma en franco ocaso, al tiempo que se producía el

proceso de transculturación y asimilación de las costumbres romanas. Los *foederatis* fueron la base de lo que serían después los *estados federados*.

Los temibles hunos eran estupendos jinetes, arqueros veloces y temerarios, de táctica militar impredecible. Conformaron una confederación de tribus procedentes de la zona de Mongolia, en el Asia Central, muchas de ellas de disímiles orígenes, pero unidas por una aristocracia que hablaba una lengua túrquica.

Aparecieron en Europa en el siglo IV y su máximo exponente fue el belicoso rey Atila (406-453), toda una figura legendaria y uno de los más acérrimos enemigos de los Imperios romanos Oriental y Occidental. De él se cuenta que tenía poderes chamánicos con su espada indestructible. También que durante una de sus tantas noches de bodas, amaneció muerto en su lecho nupcial, empapado en la sangre que brotaba como manantial de su nariz.

Relatan las crónicas de guerra que los hunos tenían por biotipo una baja estatura y que, consecuentemente, montaban caballos asiáticos también pequeños. Cuando se producía un enfrentamiento entre ellos y los robustos germanos o los adiestrados romanos integrantes de las legiones que cuidaban las fronteras hacían valer su gran ventaja: el dominio de la caballería y el uso de los estribos, lo que les daba una mayor estabilidad y rapidez; eran como un torbellino, una cabalgata imparable, con



A Cayo Flavio Valerio Claudio Constantino, emperador de los romanos (306-337), se lo conoció con el nombre de Constantino I. Fue el primer monarca del imperio que reconoció a la fe católica.

una capacidad de maniobra tal que sembraban el terror en el contendiente y lo desmoralizaban anulándolo militarmente.

Un jinete romano podía perder el equilibrio y caer al tratar de esquivar una lanza o una espada esgrimida por un soldado de infantería huno, por lo que los romanos solo usaban la caballería como refuerzo, mientras que el grueso del combate descansaba en los soldados de a pie. Este era su principal “Talón de Aquiles” y ahí estaban en inferioridad bélica.

Al referirse a la arremetida y la crueldad de estos conquistadores de origen mongol, el reco-

nocido escritor argentino Jorge Luis Borges relata con tinte mágico en uno de sus cuentos:

Arrasaron el jardín, profanados los cálices y las aras, entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles y los vituperaron y los quemaron, acaso temerosos de que las letras encubrieran blasfemias contra su dios, que era una cimitarra de hierro. Ardieron palimpsestos y códices, pero en el corazón de la hoguera, entre la ceniza, perduró casi intacto el libro duodécimo de la *Civitas Dei* (en latín, nombre de la *Ciudad de Dios*, del obispo San Agustín), que narra que Platón enseñó en Atenas que, al cabo de los siglos, todas las cosas recuperarán su estado anterior, y él, en Atenas, ante el mismo auditorio, de nuevo enseñaría esa doctrina. El texto que las llamas perdonaron gozó de una veneración especial.

La penetración germánica precipitó el proceso de descomposición del comercio, la circulación monetaria, ruralizó la economía y la vida urbana en Roma. En el año 476, Rómulo Augústulo, el último emperador romano, es destituido por Odoacro, elegido rey por sus tropas mercenarias germánicas, y la ciudad cae en poder bárbaro. Sobre tal episodio se lamentaría el presbítero romano San Jerónimo, el Padre de la Iglesia que tal vez más estudió las Sagradas Escrituras:

La voz se me corta, los sollozos me interrumpen, ha sido conquistada la ciudad que conquistó el mundo.

Ya en ese momento, Europa sería Roma y lo bárbaro y las palabras “imperio” y “emperador” cobraban sentido asociadas a la idea del dominio universal (ya, si se quiere, cristiano).

## LA “DAMA DEL PONIENTE” Y LOS “BÁRBAROS”

Europa era originalmente una parte de un todo con Asia, al que llamaban Eurasia. Vista desde los territorios asiáticos menores (Turquía), la región europea ofrecía una traza dilatada; de ahí que la etimología grecolatina explicaba el origen del nombre de “Europa” como proveniente de la raíz semítica “ereb”, o “puesta de sol”, al occidente de la Hélade o tierra de los helenos, como se llamaba a la Antigua Grecia.

El término Europa será adoptado, posteriormente, por los griegos. También formaba parte de la mitología que Europa era una bella dama de la que se enamora Zeus (Dios griego del cielo y el trueno y gobernante del Monte Olimpo) y tras conquistarla, camuflado en forma de toro, la traslada a su Fenicia natal (Líbano) y de ahí hasta Creta (cuna de la civilización griega).

Lo cierto es que Europa, como territorio, tenía poco más de diez millones de kilómetros cuadrados de superficie (el 7 por ciento de las tierras del planeta), pero esa pequeñez territorial no ocultaba



*La Fiesta de Attila*, cuadro del pintor húngaro Mór Than. El rey de los hunos no sólo era un gran estratega militar sino que también destacaba como político.

su grandeza como cuna de la civilización occidental, y maestra de ciencias y artes con grandes aspiraciones hegemónicas. Tampoco disimulaba que ya era un continente muy complejo y multicultural, pero con una matriz cristiana y clásica y grandes intenciones de crear un espacio que abarcara a los diversos moradores de la región.

Los pueblos germanos, ubicados en el centro del territorio europeo y al norte de los ríos Rhin (Rhein o Rijn) y Danubio, eran calificados por los griegos y los romanos como “bárbaros” y estaban formados por ciudadanos de origen indoeuropeo, que hablaban diversas dialectos, y que no tenían como lengua culta el latín. Bajo la denominación de “bárbaros” eran nombrados los forasteros de las comarcas fronterizas con el Imperio Romano.

En un inicio esas tribus fueron contratadas por los romanos como soldados auxiliares de las legiones, aprovechando sus capacidades guerreras. Con el tiempo emprenden un proceso histórico que llevó casi cien años, de invasión de esos territorios y se apoderaron de su parte occidental, lo que trajo consigo el surgimiento y consolidación de nuevos estados con entidades políticas, económicas y culturales.

La naturaleza de la palabra “bárbaro” fue aceptada como sinónimo de “salvaje”, “bruto” o “tosco”, aunque su significado primero era “extranjero”, en

el sentido de “los que balbucean” (por la forma de hablar) o de “los que no conocen el griego”.

Los bárbaros eran pueblos seminómadas y tenían una organización social constituida por clanes y tribus, conformadas por gran diversidad de grupos, entre los que se encontraban los germanos del norte, ubicados en las costas del Mar del Norte (sajones y anglos); los germanos orientales, asentados al este del río Elba (godos, divididos en visigodos y ostrogodos; vándalos, burgundios y suevos) y los germanos occidentales, situados al oeste del río Elba, donde se destacaban los francos (pueblo más prospero y duradero), alamanes y longobardos o lombardos, (nombrados así por las largas barbas utilizadas por sus hombres).

Su organización era patriarcal, sobre la base de dos pilares vitales: la familia, como célula básica, y el antepasado común como un elemento de cohesión. Estos grupos estaban asentados en poblados que practicaban la ganadería, la pesca y la caza y una rudimentaria agricultura, en los tiempos de paz; y el saqueo en épocas beligerantes. Como procedían del norte europeo, la escasez de alimentos y las bajas temperaturas los incitaban a grandes desplazamientos territoriales y al traslado sobre caballos.

Según apuntan los textos germanos primitivos, en la sociedad existían las castas o estamentos, donde los guerreros tenían un puesto privilegiado por ser la estirpe de los reyes e integraban una asamblea que intervenía en las decisiones políticas. También esta-

ban los hombres libres, que se dedicaban a la artesanía, el comercio, las labores agrícolas y el pastoreo. Al final de esa escala social se ubicaban los prisioneros de guerra, que eran utilizados como sirvientes (más parecidos a los siervos de la gleba de la posterior etapa feudal que al esclavo romano).

La sociedad germana poseía un gobierno basado en el Consejo, conocido como el Thing, integrado por sacerdotes y jefes militares, que se reunía en clanes para tomar las decisiones y juzgar los delitos.

En tanto, sus ejércitos eran mercenarios al servicio del rey que prometía parte del botín de guerra y la religión era politeísta, basada en dioses guerreros, dentro de los cuales se veneraba a Odín (que era representado tuerto, con un cuervo en cada hombro, una lanza y las runas en la mano); a Thor, dios de la fuerza y el trueno, al que se representaba con un martillo y a Tyr, dios de la guerra y la justicia.

Aunque los germanos no eran muy desarrollados cultural e intelectualmente asimilaron muchas de las costumbres y hábitos romanos de manera rápida, contribuyendo a formar la raigambre europea, que cimentó las bases de la actual cultura occidental.

Uno de los cronistas que mejor retrató el talante de los pueblos germanos, sus valores y costumbres fue, sin dudas, el historiador, senador, cónsul y gobernador romano, Cornelio Tácito, que en su libro *Germania*, describe con detenimiento y

autenticidad los códigos existenciales de estos reinos, al apuntar:

Cuando la lucha se ha establecido, es deshonra para el jefe (“princeps”) ser sobrepasado en valor por sus seguidores, y para éstos, no igualar en valor a aquél. Es infamia y baldón para toda la vida el retirarse a salvo de un combate en que ha muerto el jefe. El defenderlo y guardarlo, y unir cada cual sus propias hazañas a la gloria de aquel, es para ellos el principal juramento (“sacramentum”). Los príncipes luchan por la victoria; sus compañeros (“comites”) por el príncipe. Si la ciudad donde han nacido se enerva con una temporada de larga paz y calma, la mayor parte de los jóvenes nobles se dirigen a las naciones que entonces están en guerra, pues a esta raza es ingrato el reposo, y entre las vicisitudes de la guerra encuentran campo para esclarecerse. Además, solo así, con la bélica violencia, pueden mantener una gran comitiva, pues de la liberalidad de su caudillo uno saca el caballo más belicoso, otro la frámea hecha ilustre por la sangre y la victoria. En lugar de estipendio tienen unos banquetes grandes y abundantes, aunque desaliñados; ostentación que proviene de sus combates y rapiñas. Y no se deciden tan fácilmente a arar la tierra esperando la cosecha, como a hostilizar al enemigo y a exponerse a las heridas; además, les parece holgazanería y flojedad adquirir con sudor lo que se puede lograr a costa de sangre.

## NUEVAS ESTRUCTURAS ECONÓMICAS

Como posterior consecuencia de esta etapa de asechanza extrema, el prestigioso economista británico Eric Roll, en su libro *Historia de las doctrinas económicas* confirma que...

...la esencia de la sociedad medieval estriba en la división en las clases de señores y siervos, derivada de la estructura de latifundios de la última época romana. La creciente escasez de esclavos produjo un cambio en el método de administración de las grandes propiedades, si bien la propiedad territorial conservó sus atractivos. En vez de cultivar ellos mismos esas propiedades por medio de gran número de esclavos, los propietarios arrendaban, aparte de su propio dominio, parcelas a arrendatarios libres o a esclavos, a cambio de una renta en especie y dinero...

En ese contexto existía la necesidad de asentar en las fronteras una población militar para fines de defensa y ello conduce a la formación de una población de colonos, que poseía ciertos privilegios y muchas obligaciones. La propia decadencia del Imperio Romano pone en mano de estos terratenientes mayores facultades administrativas y transforma a sus propiedades en la nueva unidad económica y política, “precursora del señorío medieval”, en pleno siglo IV.

Estos grupos conformaron la llamada aristocracia germana, que hasta se permiten utilizar como su idioma el latín (vulgarizado), que luego al modificarse da lugar a las llamadas lenguas romances. En la cúspide de esa cadena social teocéntrica destacaba, también, la nobleza eclesiástica que era muy poderosa.

Por su parte, Henri Pirenne, el profesor e historiador belga considerado el más grande medievalista de nuestro tiempo, apunta en su obra *Historia económica y social de la Edad Media*, que:

...la organización del latifundio no constituyó, bajo ningún concepto, un hecho nuevo. Pero su funcionamiento, a partir de la desaparición del comercio y de las ciudades, fue una innovación. Mientras los comerciantes pudieron transportar sus productos y las ciudades proporcionaron un mercado, el latifundio dispuso y, por ende, benefició de una venta regular en el exterior.

El Imperio Romano permitió la subsistencia de los latifundios galos, que prontamente se adaptaron a la organización de los del pueblo vencedor. La villa gala de la época imperial, con su reserva adherida al propietario, y sus grandes grupos de colonos, era el soporte del régimen de explotación. Este sistema permanece con esa estructura primitiva durante el período de las invasiones germánicas, es conservado por la Francia merovingia y la Iglesia la introduce



Martillos de Thor, símbolos característicos del dios de la fuerza y el trueno. A Thor se lo consideraba el protector de los campesinos, de la gente simple y también de los guerreros.

allende el Río Rhin, a medida que va convirtiendo aquellas regiones al cristianismo.

## LOS FRANCOS, POBLADORES DE LA GALIA

En el capítulo 60 del célebre best-seller norteamericano *El Código Da Vinci*, su autor Dan Brown, especula y alimenta algunas leyendas tradicionales medievales (fomentadas por otras obras literarias, entre ellas *El péndulo de Focault*, de Umberto Eco); por ejemplo, las que al referirse al origen de la estirpe Merovingia plantean que el soporte de ese

árbol genealógico se remonta a una supuesta descendencia de Jesucristo con María Magdalena, de la que nació Sarah, y que ese linaje de Cristo se perpetuó en secreto en Francia (conocida en ese entonces como la Galia) hasta que, en el siglo V, dio un paso osado al emparentarse con sangre real franca (francesa), iniciando una estirpe conocida como la Casa Merovingia, que desaparece con el misterioso asesinato del Rey Dagoberto I, apuñalado en el ojo mientras dormía; aunque el vínculo hereditario se perpetúa con Sigeberto, el hijo de ese monarca, que logra escapar al complot que intentaba hacer desaparecer esa sangre real.

El narrador sostiene en su novela que durante todo este tiempo el linaje de Cristo había estado en continuo peligro y...

...la Iglesia de aquellos tiempos temía que si se permitía que esa estirpe se perpetuara, el secreto de Jesús y Magdalena acabaría aflorando y desafiando los cimientos de la doctrina católica, que necesitaban de un Mesías divino e inmortal que no hubiera tenido relaciones sexuales con mujeres ni se hubiera casado.

**De saberse tamaño secreto, argumenta Brown:**

...se habría minado cualquier idea de divinidad asociada a Jesús y por lo tanto, habría sido el fin de la Iglesia cristiana, que proclamaba en ese momento ser el único vehículo a través del cual la humanidad podía acceder a lo divino y entrar en el Reino de los Cielos.

Muchos historiadores intentan explicar la génesis de esa fábula en el interés de los propios pueblos Merovingios por atribuirse un origen beatífico y poder gobernar sin objeciones, ya que poseerían un derecho y mandato divinos para llegar al trono en el reino de los francos. Los estudios del Medioevo han explicado, con mayor asidero histórico, que el origen de los Merovingios quizás se remonte a la costumbre en el reino de los francos de realizar alianzas matrimoniales de sus hijos e hijas con integrantes de otros pueblos galorromanos, y hasta con nobles guerreros acaudalados provenientes de otras regiones, para perpetuar su raza y linaje más allá de sus confines.

Lo que nadie pone en entredicho es que a finales del siglo V, la provincia de la Galia (Francia), una de las más prósperas de Occidente, quedaba dividida en varios reinos y los francos, ubicados al Norte, eran uno de los pueblos más poderosos.

Conviene aclarar que el término “Galia” empezaba a quedar en desuso; los francos llamaron Neustria (tierra nueva) a los últimos territorios conquistados, mientras que sus posiciones originales eran Austrasia (la tierra del este). A su vez en Neustria cabe distinguir la parte del norte, propiamente franca, de la zona sur, la que había sido visigoda, donde las costumbres romanas estaban más arraigadas y que conservó el nombre romano de Aquitania. Neustria y el norte de Austrasia estaban dominadas por los francos salios, los cuales adop-

taron la lengua latina, al igual que los burgundios. En cambio, los alamanes y los francos ripuarios conservaron su lengua germánica.

Los francos eran tribus germanas procedentes de Frisia (una de las doce provincias que conformaban el reino de los Países Bajos) que, al igual que muchos otros clanes occidentales, entraron a formar parte del Imperio Romano en su última etapa, en calidad de *foederati*. Sus pobladores establecieron un reino bastante perdurable en un área geográfica mayor de lo que abarca hoy la actual Francia, más la región de Franconia, en Alemania, y la zona de Bélgica estableciendo de esta manera los pilares de lo que serían, con posterioridad, las divisiones geopolíticas actuales de esas naciones y sus identidades culturales. El reino franco adoptó la fe católica tradicional y se convirtió en defensor extremo del cristianismo; era movedizo por identidad y vivió varias segregaciones y éxodos, en tanto los francos tenían por costumbre repartir las propiedades entre los hijos supervivientes y entendían sus dominios como una propiedad privada de grandes dimensiones. Ello explica, en parte, el obstáculo que muchos historiadores han encontrado para delimitar con precisión las fechas y las fronteras geográficas de cualquiera de los reinos francos, así como también puntualizar quiénes gobernaban determinadas regiones. De algo sí no cabe la menor duda: el de los francos fue el más estable y duradero de los reinos,



*María Magdalena,*  
de Tiziano.

Algunas leyendas tradicionales medievales le adjudican a Sarah ser origen de la estirpe Merovingia. Hija de Jesús y María Magdalena, la joven habría tenido descendencia en Francia.

considerado incluso un Imperio, fundado por los pueblos germanos de Europa.

Otra razón del ensombrecido tema de la cronología histórica es que el bajo nivel cultural (gran número de pobladores analfabetos) durante la hegemonía de los francos determinó la casi inexistencia de documentos escritos sobre esa etapa y lo escaso de los testimonios que se conservan en archivos historiográficos.

Sí se coincide en apuntar que esencialmente se distinguían dos estirpes de líderes que se sucedieron, respectivamente, en el poder: en primer lugar, los Merovingios (dinastía que duró tres siglos y fue fundada por Meroveo o Merové, quien nace hacia

el año 390, es proclamado rey en el 448 y muere en el 458) y, posteriormente, los Carolingios, donde estarán los orígenes genealógicos de Carlomagno y del reino que iba a hacer florecer el sistema feudal, característico de la Alta Edad Media.

La palabra “franco” proviene del término “libre”, precisamente en lenguaje franco, aunque esa independencia que proclamaban desde su cuna no era patrimonio de las mujeres ni de la población de esclavos, que se trasladaban dentro de sus reinos regidos casi militarmente por los hombres de mayor jerarquía.

Sobre el mundo de los francos y los recuerdos de esa civilización, apunta el prestigioso historiador Harold Lamb en su biografía de Carlomagno:

Su nombre tal vez significara, originariamente los Libres o los Ferozes. Sus recuerdos como pueblo evocaban una vida difícil entre las brumas de la costa del Báltico. Su legendario rey, Meroveo -hijo del Mar- había sido un jefe tribal que gobernaba por propio deseo y por consentimiento de los clanes, después de haber sido alzado sobre los escudos de los guerreros. Criados en los bosques, abriéndose paso a machetazos en batallas o cultivos desde los eriales del Báltico hacia tierras más benignas y fértiles, habían avanzado lentamente hasta las regiones próximas al Rhin [...]. Aislados en sus bosques, abandonados a sus propios medios, se dedicaron a obtener comida de la tierra para prevenir las hambrunas, cambiaros sus machetes por espadas más eficaces y convirtieron sus caballos de labor en monturas de guerra, sus narradores de

sagas en poetas cantores y sus reyes ancestrales en señores ambiciosos, de cortas vidas. Más allá de la voluntad de sus reyes, seguían manteniendo las arraigadas tradiciones tribales de libertad personal y el consejo de guerreros. Una ciudad era una reunión de gente que construía cabañas. La civilización no tenía para ellos ningún significado tangible, salvo las ceremonias de las iglesias o los escasos libros de las Sagradas Escrituras que hablaban de un fabuloso Jardín del Edén en algún lugar de Oriente y de los tormentos de los condenados. Los objetos del mundo civilizado llegaban a cuentagotas hasta ellos en las alforjas de los comerciantes que vagaban al azar desde el mar interior con sus embarcaciones árabes o desde la remota Constantinopla...

En sus orígenes los francos se dividían en dos grandes grupos, con nombres derivados de ríos: los salios (del Yssel, en Holanda) y los ripuarios (“habitantes de las orillas del Rhin”, en latín), pero ya en el siglo IX esta escisión era prácticamente ilusoria, pues todos se fueron amalgamando y mixturando, aunque durante algún tiempo sí fue aplicada la división en el sistema legal para juzgar a sus habitantes.

Los historiadores, al referirse a la fundación del Imperio Franco, se remontan a los años 355 y 358 (siglo IV), cuando el emperador Juliano volvió a encontrarse con que las vías fluviales del Rhin estaban en poder de los francos y una vez más tornó a

comenzar el proceso de pacificación de esas tribus. Roma les confirió una parte bastante extensa de la Galia Bélgica, momento a partir del cual pasaron a ser una comarca o reino (*foederati*) del Imperio Romano. Una prueba testimonial de esa hipótesis es que aún en Flandes (Bélgica) y Holanda se sigue hablando el holandés, una lengua de origen germánico.

Así las cosas, los francos se tornaron el primer pueblo germánico que se afirmó de manera estable y permanente dentro del territorio romano. Y desde esa región conquistaron paulatinamente la mayor parte de la Galia romana (al norte del Río Loira y al este de la Aquitania visigoda). Actualmente, el Río Loire (en francés) es el más largo de esa nación y pasa por las ciudades de Orleáns, Tours y Nantes; aún conserva en sus riberas numerosos castillos medievales y palacios construidos, posteriormente, en los siglos XVI al XVII, los afamados “Castillos del Loira”.

Bajo la égida de Meroveo, quien reinó durante diez años y fue el tercer rey de esa Casa, los francos se habían federado con el Imperio Romano de Occidente y conformaron la Dinastía Merovingia, una familia de estirpe germánica que gobernó la actual Francia y parte de Alemania, entre los siglos V y VIII. Estos pueblos eran, como dijimos, descendientes de Meroveo, mítico jefe militar franco, que da nombre a la dinastía; su primer monarca fue Clodoveo I (466-511).

Una fantasía hecha mito narra que Meroveo nació de la unión de Clodion “el Cabelludo” o Chlodion (jefe de los francos salios y Segundo Rey de esa Dinastía) y el Quinotauro, un monstruo marino, y esta alegoría explica por qué los sucesores del trono de Francia llegarían siempre del mar.

La leyenda refiere que estando su madre embarazada se fue a bañar al mar y quedó seducida por una criatura marina, que llamaban el Quinotauro, que la fecunda por segunda vez; de forma que Meroveo lleva la sangre de los francos y del sobrenatural animal, lo que lo emparenta con las divinidades.

Existen muchas teorías relacionadas con el origen de la Dinastía Merovingia; algunos estudiosos plantean que proceden de las tribus de los sicambros (apodo con que nombraban a los francos), situados en territorios germánicos y que pronto comenzaron a denominarse francos, cuando se desplazaron hacia la zona norte de la actual Francia. El vacío de poder de los césares ausentes, provocado por la invasión de los hunos contra Roma, fue aprovechado por los sicambros para asentarse en Francia y Bélgica, concretamente en las regiones de bosques extensos y colinas de Ardenas (Ardenes, en los países de Bélgica, Luxemburgo y una parte de Francia) y Lorena, creando el reino de Australasia.

Otras explicaban que los merovingios fueron considerados descendientes de Noe, de los troyanos y hasta, como ya se apuntó, se especuló con que

tuvieran cierto parentesco con María Magdalena y Jesucristo. Pero sus leyendas y símbolos conforman toda una cosmogonía, donde el oso es una alegoría totémica de culto, que tiene entre sus animales sagrados a la abeja, lo que explica que muchos reyes, a su muerte, fueran enterrados junto a esos insectos (como sucedió con la tumba de Childerico I) y que otros los usaran, cosidos al manto, durante la ceremonia de coronación.

En su tiempo, los Merovingios fueron considerados la encarnación de la Gracia de Dios y quizás por ello siempre estimularon la búsqueda y creación de vínculos que los emparentaran con Jesucristo y alimentaron la Leyenda del Santo Grial. Ello también le valió que sus descendientes fueran considerados reyes, sin necesidad de ceremonia de coronación, cuando cumplían doce años y aunque nunca gobernarán se podían dedicar a las artes sacerdotales o esotéricas, por lo que se los consideraba reyes brujos o taumaturgos.

Las historias de esa época, recogidas en el libro del cronista galo-romano Gregorio de Tours, autor de *Historia Francorum* (Historia de los francos), que glosa el período hasta el año 594, cuentan que los Merovingios eran reyes melencolios, que creían que su poder residía en el pelo y eran renuentes a cortárselo. Para alimentar las tradiciones, se decía que llevaban una manta a la altura del corazón, que les distinguía del resto de los seres humanos.

Su cultura se caracterizaba por el desarrollo de un arte propio, prerrománico, donde el empleo de la piedra y el ladrillo en las obras arquitectónicas eran muy peculiar. Llevaban a cabo construcciones muy sencillas y se distinguieron más por el desarrollo de la orfebrería; también por sus habilidades para la pintura mural sobre frescos y miniaturas, aunque hoy se conservan muy pocos vestigios de esas destrezas. Su arte se destacaba por un geometrismo decorativo completamente centrado en lo funcional, que se manifiesta en la decoración de los utensilios domésticos y el armamento. Aunque muchos consideran que frente al arte romano, el germano era tosco, no dejaba de lado cierto refinamiento artesanal que lo valorizaba.

Aún cuando llegaron a convertirse al cristianismo mantuvieron, con la anuencia de la iglesia, la poligamia y reservaron harenes de grandes proporciones en las casas y palacios.

Los francos recibieron solo ligeras influencias de la civilización romana y por ello no fueron cristianizados de forma rápida. Incultos y paganos, los campesinos libres dominaron la sociedad, la cual era regida por una pequeña nobleza. Ellos eran el sostén económico de la dinastía e hicieron valer su rol de labriegos para ascender a nivel social. Entonces, el latifundio no era solo una institución económica, sino también social, que atravesaba toda la vida de los habitantes, que eran mucho más que simples colonos de su señor.

Estaban obligados, además, a defenderle en tiempos de guerra y eran utilizados como instrumentos, literalmente, para sacarles el máximo rendimiento.

## VIDA MILITAR

Para ahondar en la vida de las instituciones militares de los francos es preciso adentrarse en las referencias esporádicas y casuales de los historiadores, las crónicas de los monasterios, las canciones populares; en los hallazgos arqueológicos encontrados en las tumbas de los guerreros o en los dibujos de los manuscritos. Se sabe que el ejército franco estaba compuesto exclusivamente por infantería y que sus huestes eran reclutadas de todas sus poblaciones, sobre todo entre los campesinos.

El soldado de ese ejército no usaba ni casco ni armadura. Para su protección llevaba un escudo oval de madera y metal y su principal arma era la intimidante franciscana, un hacha capaz de atravesar e incluso quebrar un escudo o un casco en las manos de un guerrero fornido, y hasta de rebanar la cabeza de un caballo del enemigo de un solo golpe.

Además, los soldados llevaban al combate una espada de entre 40 y 45 centímetros, y una daga; en ocasiones también empuñaban jabalinas tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para lanzarlas a la distancia y mucho se elogiaba su puntería. Eran



Castillo de Chambord, en el valle del Loira. A la vera del río se conserva la mayor muestra del asentamiento estable y permanente de los francos en la Galia romana.

guerreros de escasa disciplina e instrucción militar (relatan las crónicas que poseían solo básicos conceptos de organización durante la batalla y el arte de la guerra), pero tuvieron mucho éxito debido a la ferocidad de sus ataques masivos y sorpresivos.

No es sino hasta el siglo VI que el ejército franco incorpora la caballería. Y es en la decisiva derrota en Casilinum (554) cuando el ejército franco fue rodeado y diezmado por los bizantinos, que reconocen la importancia de usarla. En dicha batalla la caballería bizantina se apostó por los flancos y con sus arqueros arremetió frontalmente contra los soldados francos hasta derrotarlos.

A pesar de este descalabro aún se mantenía vivo el mito de las virtudes guerreras de los francos, en tanto era casi imposible olvidar el año 451, cuando Atila, rey de los hunos, había sido derribado por una coalición romana liderada por el *magister militum* Flavio Aecio, un semibárbaro que de niño fue criado entre los hunos y otros germanos, y que por ello conocía al dedillo sus costumbres y maneras de obrar en el campo de batalla. Lo secundaban el rey visigodo Teodorico I y el rey franco Meroveo, y es así triunfaron en la famosa batalla de los Campos Cataláunicos, también conocida como Batalla de Chalons o del *Locus Mauriacus*.

Los cronistas de guerra de ese período narran que el ejército de los hunos, con aproximadamente 100.000 guerreros, avanzó en un frente de más de 150 kilómetros y saqueó la mayor parte de las ciudades de lo que es hoy el norte de Francia. El general romano Aecio preparó para combatirlos un ejército galorromano y marchó contra Atila, que estaba asediando la ciudad de Orleans. En la batalla de los Campos Cataláunicos, las tropas de Atila fueron derrotadas, aunque no destruidas, pero dicho encuentro fue considerado como una de los enfrentamientos más decisivos de la historiografía medieval, ya que habría podido marcar el ocaso de la religión cristiana en Europa occidental, si los pueblos asiáticos hubieran conseguido vencer en esas proximidades de la llanuras de Troyes, en el denominado

*campus Mauriacus*. Por otra parte, la batalla de los Campos Cataláunicos fue el primer ejemplo de una coalición de bárbaros y de romanos cristianizados frente a un invasor totalmente extranjero.

Acerca de esa contienda espectral, el escritor neoplatónico y filósofo bizantino Damaskios, glosa en el siglo VI:

Según se cuenta, lo más sorprendente fue lo que sigue: después que los combatientes hubieron caído, los espíritus de los agotados físicamente continuaron luchando con los brazos y la furia de la lucha tres días enteros con sus tres noches, después de haber dejado la guerra de los vivos. Fueron vistas figuras de sus almas, y se escuchó cómo se desafiaban mutuamente y cómo entrechocaban furiosamente las armas, apagando el ruido de las voces. Se dice que hasta hoy pueden ser percibidas también otras viejas apariciones bélicas de este tipo.

Bajo la tutoría del rey Clodoveo I, fundador de la Dinastía Merovingia e hijo de Childerico I (458-481) y la reina Basina de Turingia, el poder y el influjo del reino franco se acrecentó imparablemente y buscó asiento en la región de Soisson, que se convirtió en la capital de ese reinado.

En el año 486, Clodoveo destituyó a Siagrio, último gobernador romano de la Galia y a partir de ese momento sometió a los alamanes, que habitaban las tierras orientales de sus dominios, en la batalla de

Tolviac (496). La leyenda provinciana detalla que pudo derrotar a su enemigo gracias a la invocación a Dios que hizo su esposa, ferviente cristiana. Al calor de esa gloria, e influido por su cónyuge la princesa burgundia Clotilde (posteriormente canonizada como Santa Clotilde), Clodoveo adopta la fe de Cristo, lo que supuso la conversión de todos los francos al catolicismo.

Su alianza con el papado le proporciona muchos seguidores entre los pobladores galorromanos, que lo ayudan a derrotar a los visigodos en Aquitania (batalla de Vouillé, 507) y a los francos ripuarios, fortaleciendo sus pretensiones de convertirse en el líder germano de la Galia, aspiración que concretó hacia el año 509, cuando unificó a los francos, convirtiéndose en el gobernante de gran parte de Europa Occidental.

## CON LA COMPANÍA DEL DIOS VERDADERO

Durante los siguientes mil años, el reino de los francos fue evolucionando hasta dar comienzo a la actual nación de Francia. En el medio de la historia, ensamblando tradición e innovación, se erigiría la figura de Carlomagno. Cuentan que el Día de Navidad del año 496 fue realizado el bautismo del rey franco Clodoveo, de su hermana y de tres mil de sus guerreros. Todo el camino de la catedral de Reims había sido

adornado con flores y guirnaldas, el templo sagrado fue ricamente engalanado y brillaba a la luz de miles de velas en medio de nubes de incienso. Clodoveo estaba tan impactado que le llegó a preguntar a San Remigio: *Santo Padre, ¿este es el cielo?*

En el momento de ser bautizado, dijo al obispo las célebres palabras: *Curva tu cabeza, sicambro; adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste.*

El bautizo de Clodoveo marca el inicio del lazo entre el clero y la monarquía francesa, vínculo que perdura hasta inicios del siglo XIX. A partir de Clodoveo, el soberano francés que gobierne lo hará en nombre de Dios y solo sus descendientes podrán pretender el trono.

Durante su reinado también es de remarcar la promulgación, en el año 1317, de la “ley sálica”, que regulaba la sucesión al trono. Uno de sus artículos establecía la prohibición de que una mujer heredara la corona de Francia y fuera legataria de tierras. Dicha norma se mantuvo hasta el siglo XII, en que desaparece el reino de los francos y con él sus leyes. Este código disponía sobre asuntos no solo de herencia, sino también de crímenes, lesiones, robos, etc. Y fue una legislación que cohesionó a las diversas etnias y grupos que formaron el reino de los francos e intentó llevar cierta racionalidad a la anárquica vida de esos pueblos.

Con su accionar militar, Clodoveo unió a los francos salios, del norte del Rhin, con los francos ri-

purarios, del bajo Rin, y ya en el año 506 logró someter a los alamanes, que formaban parte de la confederación de tribus germánicas. Clodoveo convirtió a París en la capital del reino franco, el cual abarcaba entonces la mayor parte de la actual Francia y el suroeste de Alemania. Para entonces, ya había expulsado a los visigodos de tierras galas, fundado la Iglesia Católica de las Galias y obtenido el apoyo del emperador bizantino que lo hizo delegado en Occidente.

Al morir repentinamente en París, el 27 de noviembre de 511, a los cuarenta y cinco años de edad, y de acuerdo con la costumbre salia, deja repartido su *Regnum Francorum* entre sus cuatro hijos (Childeberto, Clodomiro, Clotario y Teudorico) quedando seccionados sus dominios en Austrasia, Neustria, Burgundia y Aquitania. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Genoveva, que él había mandado construir. Allí permaneció su sarcófago hasta que los rebeldes, durante la Revolución Francesa, lo profanaron y esparcieron sus restos, destruyendo también el exquisito santuario.

En la repartición de la herencia, Childeberto obtuvo Neustria y fijó su capital en París; Clodomiro gobernó la zona del Loira medio, con capital en Orleáns; a Clotario correspondieron las tierras del Escalda y del Mosa y estableció su capital en Soissons; y Teuderico administró Austrasia, desde Reims. Los cuatro vástagos guerrearon entre sí, se

disputaron los territorios y dilapidaron el patrimonio de su padre, sin poder conservar la unidad que Clodoveo había dado al imperio franco.

Clotario, el hijo menor de Clodoveo y Clotilde, convertido en Rey de Neustria (511-561), Rey de Orleans (532-561), Rey de Borgoña, compartido con su hermano Childeberto (534-558), y monarca de Austrasia y de París, con muchas ambiciones personales, se propone volver a unificar el reino de su padre bajo su salvaguardia y valiéndose de un sinnúmero de argucias (conspiraciones palaciegas, asesinatos de los herederos de sus hermanos, casamientos con las viudas, etc.). Y, sobre todo, Clotario se valió de campañas militares. Así consigue su objetivo en el año 558, pero a su muerte estos reinos volvieron a separarse. Durante los siguientes dos siglos los descendientes francos compartieron la corona, no sin dejar de aflorar los conflictos por el trono y el reparto de las riquezas, antagonismos muy propios de esa época medieval.

## EL IMPERIO FRANCO

El imperio franco se expandió mucho más bajo el reinado de los herederos de Clodoveo, llegando a cubrir la mayor parte de la actual Francia, y extendiéndose hacia regiones como el este del Río Rhin, tales como Alemania (el actual sudoeste) y

Turingia, desde 531. Sajonia, en cambio, permaneció fuera de las fronteras francas hasta ser conquistada por Carlomagno, siglos más tarde. Tras la reunificación temporal de los reinos, separados bajo la égida de Clotario, los territorios francos volvieron a dividirse en Neustria, Austrasia y Borgoña, que habían sido adjudicados a los francos por intermedio de herencias, matrimonios e invasiones.

Aunque se ha hablado profusamente de la conversión al cristianismo de los francos merovingios y de su interrelación con el catolicismo más ortodoxo, lo que les dio mucha estabilidad como reino, este equilibrio, empero, no se extendía a la vida cotidiana. La introducción de la práctica germánica de recurrir a la violencia para solucionar disputas y conflictos jurídicos sembró la anarquía social, al ser asimilada como práctica en el Imperio Franco.

Todo ello repercutió negativamente sobre el comercio, que se vio interrumpido ocasionalmente, trajo consigo la fragmentación y la aparición de asentamientos sociales en villas o comarcas periféricas, lo que creó nuevas desavenencias, peleas y conflictos intestinos e intrigas palaciegas.

Con excepción de los propietarios, todos los hombres y mujeres que vivían en el dominio de una corte o una villa eran considerados ya siervos o semi-siervos. No es menos cierto que entonces la esclavitud había desaparecido, pero aún se advertían señales



Clodoveo I,  
rey de los francos.  
Su conversión al  
catolicismo, y el  
posterior  
bautismo, marca-  
ron el inicio de un  
fuerte lazo entre el  
clero y la  
monarquía  
francesa.

de ella, (como refiere Henri Pirenne, en *Historia económica y social de la Edad Media*), en la...

...condición de “servi-quotidiani”, de los “mancipia”, de quienes hasta la persona pertenecían al Señor, que hasta ejercía sobre ellos el poder judicial en su jurisdicción. Se dedicaban a su servicio y eran mantenidos por él.

Entre estas poblaciones de su reserva, reclutaban a los pastores, carreteros, cerveceros y obreros de ambos sexos para trabajar en los “gineceos”, que eran talleres de la corte dominial en los que se tejían hilos y lanas para confeccionar los vestuarios del señorío.

En tanto, en los entresijos monásticos se había afianzado, en medio de una población *dominial*, una clase privilegiada, en su mayoría de viudas de origen libre, que dependían de las abadías y habían otorgado a estas la propiedad de sus tierras, a condición de conservar su usufructo.

También había siervos que poseían un pequeño lote de tierra y contrataban a obreros agrícolas. Cada agrupación dominial formaba una unidad judicial y también religiosa. Los señores se habían hecho construir, próximas a sus principales cortes, una capilla o una Iglesia, a las que dotaron de tierras y en las que ellos mismos nombraban al párroco. Ello explica el gran número de parroquias rurales, que perpetuaron las fronteras de muchas posesiones en la Edad Media primitiva.

La alfabetización en esa época era prácticamente nula y solo tenía lugar en monasterios, abadías e iglesias. Las tierras y los reinos, a la muerte de sus dueños o señores, eran divididos entre sus descendientes y todo ello provocaba divisiones, reunificaciones, asesinatos familiares y guerras fratricidas entre jefes rivales de importantes familias merovingias, en una sociedad donde la venganza era un paradigma aceptado en el imaginario colectivo y la anarquía se enseñoreaba, amparada por las luchas tribales y la violencia que aún subsistía.

Las promovidas relaciones entre la Iglesia y el Imperio Merovingio nunca fueron, en verdad,

buenas; las pugnas existentes pueden buscarse en una razón primordial: el 90 por ciento de los hombres letrados, entre los años 600 y 1100, recibieron su educación en escuelas monacales y ello profundizó el cisma entre la sociedad sin estudios y las clases más cultas en cuanto al lugar y el protagonismo de la religión cristiana en sus vidas.

## CLOTARIO Y LOS SUYOS

Al llegar a la corona, Clotario II (584-629), reunificó el reino franco, después de un sinnúmero de guerras civiles y muertes familiares, que harían tediosa la enumeración. Las fronteras de sus dominios se extenderían desde los Pirineos hasta Frisia y desde el océano Atlántico hasta el Río Meno (en alemán Río Main), de 524 kilómetros de longitud, que atraviesa Baviera, Baden-Wurtemberg y Hesse y la comarca vitivinícola de Franconia.

Su investidura tiene lugar en el año 613 como Rey franco; bajo su gestión tuvo lugar un concilio de obispos y una asamblea de notables, que regulaban las primeras relaciones del rey con sus súbditos o vasallos. A su muerte deja en el trono de Austria a su hijo Dagoberto I, quien gobernó hasta el año de su muerte acaecida en 639. Sería el último verdadero monarca merovingio. Su gobierno estuvo caracterizado por la edificación de numerosos

monasterios y el robustecimiento del poder monárquico. Alrededor del año 632 había puesto Borgoña y Aquitania bajo su soberanía, convirtiéndose en el más poderoso de los reyes merovingios y en el monarca más respetado en el Occidente.

Ya en los finales del siglo VII, el merovingio *Regnum Francorum* se encontraba en pleno ocaso, desprestigio, minado por las guerras civiles y las luchas de poder; los señores de esa dinastía gobernaban sobre unos territorios que en su máxima extensión, bajo la égida de Dagoberto (629-639) se extendían por la Galia, parte de Renania, Alemania, Turingia y empezaba a hacer notar sus acciones en Frisia, Sajonia y Baviera. Este será el reino franco en la época inmediatamente anterior al ascenso Carolingio. Al frente de ese reino se encontraba Dagoberto, heredero de Clodoveo, que apenas gobernaba en tanto había abdicado sus funciones en el mayordomo de palacio (*major domus*), quien estaba secundado ya por la nobleza.

Los mayordomos eran unos funcionarios del reino de los francos, al abrigo y cobijo de “reyes holgazanes”, llamados de esa manera porque se despreocupaban de la gestión administrativa y de la implementación de políticas de la casa real. Debido a esta pereza monárquica (debe considerarse que muchos reinos tenían soberanos adolescentes o muy jóvenes, sin experiencia de mando) son los mayordomos de palacio los encargados de asumir los

poderes administrativos y militares, conformando un poder paralelo a los verdaderos monarcas, ejerciendo verdaderamente las funciones de gobierno. Suceso por demás nada extraño, dada la confusión “bárbara” entre real casa y reino, paralela a la existente, en ese momento, entre tesoro privado del rey y tesoro del reino o hacienda pública.

El punto de partida de esta ampliación de poder (¿o dualidad?) está en lo heredable del cargo. De ahí que esta dinastía de mayordomos empieza a afianzar sus fuerzas a pasos agigantados. Entonces, el reino Merovingio se encontraba dividido en tres partes: Austrasia, Neustria y Borgoña, al frente de las cuales se ubicaba un *rey faineant* o rey holgazán.

## DESPUNTA UN NUEVO PODER

En el extremo oriental, en Austrasia, surge la impetuosa familia Carolingia, que conserva de forma exclusiva la posesión del cargo de *major domus* durante más de cien años y gobierna como monarca, si no de forma nominal, sí en la praxis, dando origen a la Dinastía Carolingia. Apoyándose en la nobleza de Austrasia, que intentaba sustraerse del control real, el mayordomo Pipino de Heristal se hizo con el poder del reino franco.

Es acertado apuntar para arrojar más luz sobre el tema que los carolingios eran una familia originaria

de Lieja, y ostentaban el mencionado título de Mayordomos de Palacio, de rango imperial, obtenido en pugna con otras familias nobles. Uno de sus miembros, Pipino de Heristal, en el año 687, extendió sus dominios a Neuchâtel, al deponer a los gobernantes de Neustria (la parte Occidental) y de Borgoña, y se instauró como mayordomo de un reino franco unificado. Posteriormente, un hijo ilegítimo suyo: Carlos Martel, repelió la invasión musulmana en una decisiva batalla que tuvo lugar entre Poitiers y Tours (732) ampliando las fronteras hacia el Este.

Dichas contiendas bélicas dieron prestigio a la familia, que ya controlaba la Aquitania y la Provenza, y recibió el consentimiento del resto de la nobleza franca y del papado. Fue así como Pipino el Breve pudo coronarse rey de los francos, en 751. Al morir, en 768, le sucedió en el poder su hijo Carlos I, conocido como Carlomagno, quien el 25 de diciembre del año 800, durante la misa de Navidad, fue coronado por el papa León III como emperador de los romanos, “rey de los francos por la gracia de Dios”, en la Basílica de San Pedro, ubicada en Roma.

La escena que ha sido reproducida por artistas de la época en varios cuadros y recogida en algunas crónicas revela que Carlomagno se arrodilló para orar frente al altar mayor de la basílica, bajo la cual reposan los restos de San Pedro y San Pablo, y el Papa le colocó en la cabeza la pesada corona hacién-

Pipino el Breve.  
Fue el primer rey  
franco de la  
Dinastía  
Carolingia. Su  
poder militar y  
su capacidad  
política para  
negociar con la  
Iglesia resultaron  
decisivas para su  
ascenso al trono.



dole una reverencia formal como la que se acostumbraba en la antigüedad para saludar al Emperador y lo ungió, mientras los romanos estallaban en grandes aclamaciones, que repitieron por tres veces:

¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, emperador poderoso y pacífico, larga vida y victoria! (Carolo, piisimo Augusto a Deo coronato, pacificio magno et pacificio Imperatori, vita et victoria).

En la ceremonia, Carlos recibió además, el sello real, que tenía tallado en su interior una frase: *Renovatio Imperi Romani*.

El título de *imperator romanorum* de Carlomagno, quien durante su vida llegó a confundir la

fidelidad al Estado franco con su devoción y lealtad por Dios y puso todo su poder, carácter y fervor en función de la fe católica, fue ostentado en lo sucesivo por los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, hasta inicios del siglo XIX. La actual Francia, que toma su nombre de los francos, corresponde aproximadamente al territorio franco del Imperio de Carlomagno.

Nació el aura de un hombre extraordinario.